

## Alocución de Monseñor Perrier al comienzo de la misa (14/09/2008)

Querido Santo Padre:

El 15 de agosto último, en el Ángelus, declaraba: «En este momento, mi pensamiento va hacía ese singular bastión mundial de la vida y la esperanza que es Lourdes. » La ciudad de Lourdes dominada desde siglos y siglos por una fortaleza de piedra. Pero la verdadera fortaleza de Lourdes es una fuente siempre pura, siempre fresca, siempre luminosa.

Mana desde hace 150 años en la gruta de Massabielle y está lejos de agotarse. Es signo de vida y de esperanza, según sus propias palabras. En este año de jubileo, 10 millones de peregrinos, venidos de todos los países del mundo, comparten su opinión. Han pasado por Lourdes buscando razones de vivir y de esperar. Han venido a la fuente de agua viva.

El 15 de agosto después de declarar Lourdes bastión mundial de la vida y de la esperanza, proseguía: « ...Lourdes donde, si es decisión de Dios, estaré dentro de un mes. » Felizmente, Dios ha querido que esté aquí, y aquí está. ¡Le damos la bienvenida!

«Bienvenido»: y bienvenidos sean todos los peregrinos. Todos aquellos que pasan por Lourdes son bienvenidos. Pero, su presencia merece más que un simple "bienvenido". Para nosotros es una autentica bendición que tenemos que acoger.

Una vez en mi vida, tuve un don de predicción. Era el 19 de abril de 2005. Las radios acababan de anunciar que teníamos Papa. Encendí la televisión para saber sobre quien recaía la temible tarea de suceder a nuestro queridísimo papa Juan Pablo II. Mientras esperaba, me sorprendí a mi mismo diciendo a alguien que estaba a mi lado: « Espero que elija el nombre de Benedicto. »

Entonces, no pensaba en San Benito. Tampoco pensaba en Benedicto XV, calumniado cuando quiso ser artífice de la paz durante la Primera Guerra Mundial. Diciendo «espero que elija el nombre de Benedicto», pensaba en nuestro mundo. A veces nuestro mundo se cree maldito, ya que se da cuenta que sus maravillosos descubrimientos pueden volverse contra él. Incluso y hasta con mayor frecuencia, se cree olvidado, errante, sin rumbo bajo un cielo vacío y mudo. En este mundo carente de sentido, la misión de la Iglesia consiste en decir al mundo que se le quiere y que, a pesar de sus heridas, es un mundo bendecido. La señal suprema de esta bendición, es la Cruz, la Cruz gloriosa del Señor que celebramos hoy.

Ella domina nuestra asamblea porque es común a todos los cristianos. Está presente sobre el altar para la Eucaristía, símbolo del amor infinito de Cristo. Está ahí, a los pies de este estrado, en plena asamblea, la cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Ella les congregó, alrededor Suyo, en Sydney. Y les vuelve a reunir, de nuevo a su alrededor, aquí en Lourdes, cerca de la Gruta. El viernes por la noche, y siguiendo los pasos de Juan Pablo II, dijo a los jóvenes, en el atrio de Notre-Dame en París: « Os confío la Cruz de Cristo. » Os la confío como un tesoro, como una fuente de bendición.

Santo Padre, por el nombre que ha elegido, contradice a los profetas de infortunios. Este mundo no está perdido. Se ha salvado.

¡Bendito sea Santo Padre en su ministerio! ¡Que sus años al servicio de la Iglesia, como testigo del Evangelio, sean un signo de bendición, de Dios, para el mundo! Aquí en Lourdes, encomendaremos esta intención a María, la nueva Eva, la Inmaculada Concepción, la bendita entre todas las mujeres.

+ Jacques PERRIER